

# **Christopher R. Beha**

## Qué fue de Sophie Wilder

Traducción de Damià Alou

Primera edición, 2014

Título original: *What Happened to Sophie Wilder*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © 2012 Christopher R. Beha

© de la traducción, Damià Alou, 2014

© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Fotografía de cubierta: © PhotoDisc

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.

Avió Plus Ultra, 23

08017 Barcelona

España

[www.librosdelasteroide.com](http://www.librosdelasteroide.com)

ISBN: 978-84-15625-75-9

Depósito legal: B. 5.147-2014

Impreso por Reinbook S.L.

Impreso en España - Printed in Spain

Diseño de colección y cubierta: Enric Jardí

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11.

*A mis padres*



Cuando escribas mi epitafio, debes decir que fui la  
persona más solitaria que existió.

ELIZABETH BISHOP, en una carta a Robert Lowell

Si no crees en Dios, ¿cómo creer en un pinche libro?

ROBERTO BOLAÑO, 2666



PRIMERA PARTE

# Las estrellas en lo alto





Antes de instalarme en la Casa Parroquial, vivía en una vieja casa adosada, al lado norte de Washington Square, donde mi primo Max y yo le alquilábamos unas habitaciones a un alemán de mediana edad llamado Gerhard Gottlieb, que era tío de una antigua novia de Max. Nunca estuve del todo seguro de a qué se dedicaba Gerhard, pero normalmente estaba fuera del país, y en su ausencia nos dejaba a cargo de la casa, siempre y cuando le paseáramos al perro, un bóxer de pura raza llamado *Ginger*, y diéramos de comer a los peces tropicales de su enorme acuario victoriano. Max y yo éramos los únicos que pagábamos alquiler, pero a menudo había dos o tres personas más que se alojaban en el piso vacío de arriba. Todos nos dedicábamos al «arte», como nos gustaba decir con una ironía profunda, aunque no dirigida a nadie en particular, y eso era lo que nos daba libertad para sacar a *Ginger* durante el día y pasar la noche divirtiéndonos en esa vieja casa, bebiendo bourbon y fumando esos porros finos y elegantes que todos liábamos con tanta facilidad.

Max era crítico de cine en un semanario local. Las

películas no le gustaban mucho, al menos no las que se veía obligado a reseñar, pero era de la firme opinión de que un crítico incapaz de participar en la conversación —y en cierto momento de la noche podíamos utilizar esos términos en serio— no era crítico ni era nada. El artista era libre para trabajar en soledad, incluso para cultivarla. Pero el crítico era alguien que tenía que explicarse. Su trabajo se basaba en el público, y el público iba al cine. Y eso decía Max durante aquellas veladas, cuando un juez invisible nos invitaba a defender la manera en que pasábamos los días.

Cuando hablaba de cultivar la soledad, se refería a mí. Y era cierto que nadie había leído mi novela cuando salió, unos meses antes. Pero no en virtud de ninguna estrategia estética. A mí me habría encantado tener público. Mi editor me la había pagado bien y había arriado el hombro, como suele decirse, para promocionarla. Habían aparecido reseñas donde uno espera que aparezcan, y algunas habían sido buenas. Max y yo compartíamos el mismo apellido —nuestros padres eran hermanos, o lo eran al menos mientras el mío vivió—, y durante una breve época corrió la especie, originada por el propio Max, de que los Blakeman representaban un nuevo momento cultural. Todo eso terminó después de que mi libro se sumiera silenciosamente en el anonimato. Fuera del mundo de los blogs malintencionados nadie tenía ni idea de quiénes éramos. En secreto, Max me culpaba por ello, aunque lo cierto es que la gente simplemente estaba cansada de los jóvenes blancos neoyorquinos acomodados. Yo no podía culparlos; yo también estaba harto de nosotros.

A pesar de toda esa decepción, el dinero había sido

real, y Gerhard apenas nos cobraba alquiler, de manera que no necesitaba mucho para ir tirando. Podía vivir de mi anticipo mientras pensaba qué iba a hacer. Comprendí que, fuera lo que fuera, no debía esperar gran cosa. Había tenido mi gran oportunidad —más de lo que muchos consiguen— y ahora me las tenía que arreglar por mi cuenta.

Mientras tanto, pasábamos largas horas en aquella casa, hablando de los Grandes Gestos, de si hoy en día existían y en qué podían consistir. Deseábamos tanto creer que todavía era posible vivir de las ideas, excepto cuando deseábamos con todas nuestras fuerzas creer que ya no era posible, pues entonces el fracaso, cuando lo consiguiéramos, ya no sería nuestro, ni provocado por la falta de disciplina o talento, ni por el hecho de que en el fondo no deseábamos las cosas con tanto empeño como pensábamos.

Lo cierto era que estábamos llegando rápidamente —y probablemente ya habíamos llegado— a esa edad en que ya no tiene sentido hablar de «promesa». Fue más o menos en esa época cuando le comenté a Max que, consiguiéramos lo que consiguiéramos, ya nadie diría: «Es tan joven...». Habíamos dejado atrás la precocidad.

—Después de los veintiocho —dije con tristeza—, se te juzga por tus propios méritos.

—A no ser que mueras —me corrigió Max—. Entonces todos dicen: «Era tan joven...».

Todo esto pretende ser una explicación sincera de cómo estaban las cosas para mí la noche de principios de otoño en que volví a casa de una cena y me encontré

una concurrida fiesta y a Sophie Wilder sentada en la butaca de cuero medio hundida cerca del acuario, en la otra punta de la sala de Gerhard.

Había pensado mucho en Sophie —durante mucho tiempo ha sido alguien en quien he pensado—, así que enseguida tuve la sensación, una sensación de la que no conseguí desembarazarme durante todo lo que ocurrió a continuación, de que yo la había convocado. Lo único que yo sabía era que Sophie se había ido de Nueva York después de su ruptura con Tom, y que ahora estaba aquí. Cuando me enteré de que su matrimonio había acabado, quise ponerme en contacto con ella, pero no estaba seguro de cómo abordarlo. Luego me enteré de que se había ido de la ciudad. Se especulaba acerca de su paradero. Estaba en una comunidad de escritores, no Yaddo ni MacDowell, sino una de esas poco conocidas del oeste. Había trabajado para una ONG en África. Vivía en un convento cerca de su residencia familiar de Connecticut.

A pesar de todo, le encontré cierta lógica a que en aquel momento estuviera sentada en el sofá de Gerhard. No experimenté ninguna sorpresa al cruzar ese espacio vacío que ocupaba casi toda la primera planta de la casa, solo un temblor de satisfacción y la conciencia de la elegancia narrativa del hecho. Lo que se suponía que tenía que ocurrir había ocurrido.

—Charlie —me llamó, y vino como flotando hacia mí. Tenía el pelo negro y se lo había dejado crecer, lo que suavizaba un poco el contorno generalmente anguloso de su pálida cara. Por lo demás, seguía siendo la misma chica que yo había conocido. Se inclinó hacia delante y me besó en la mejilla.

—¿Cómo estás? —le pregunté.

Dio un paso hacia atrás y dejó la mano izquierda posada con descuido en mi clavícula, como si la hubiera olvidado allí y pensara en la pregunta. Era un detalle de ella que solo entonces recordé: su costumbre de tomarse en serio todo lo que yo decía, incluso las conversaciones sin importancia, de manera que, cuando estaba en su compañía, siempre quería dar lo mejor de mí. También recordé que esa costumbre a veces resultaba asfixiante, igual que cuando constantemente tienes que dar lo mejor de ti.

—Qué casualidad —dijo, como si la hubieran pillado haciendo algo malo—. He venido a la ciudad a pasar el día, a visitar algunas galerías de arte, y me encuentro con tu primo por la calle.

En ese momento Max salió de la cocina con dos copas en la mano y un cigarrillo sin encender en la comisura del labio. Sophie apartó la mano de mi hombro y se la llevó a la cara, en un gesto casi protector, y me dijo: *Sí, Max*. Otra cosa de ella que casi había olvidado.

Al principio, fue solo el nombre. Diez de nosotros habíamos sido admitidos en el taller de Introducción a la Narrativa durante mi primer semestre en New Hampton, una pequeña facultad de humanidades en el centro de Nueva Jersey, pero solo nueve nos presentamos a la primera clase. Nuestro profesor, un novelista casi famoso, fue pasando lista por orden alfabético, y acabó con Sophie Wilder. Nadie contestó. A la semana siguiente, seguía sin aparecer, y aquello comenzó a intrigarnos.

New Hampton, por lo demás una facultad de escaso

renombre, era conocida por los novelistas y poetas que había convocado para dar clases, y muchos aspirantes rechazaban facultades más prestigiosas para estudiar con ellos. Después de matricularte, tenías que entregar una segunda solicitud para el programa de escritura, de manera que un estudiante que hubiera acudido a New Hampton con la única intención de participar en esos talleres podía quedarse fuera. A los que pasamos el corte, se nos hacía difícil imaginar que alguien hubiera sido aceptado y no se presentara.

A la tercera semana, apareció.

Aun cuando no se hubiera saltado las dos primeras clases, me habría llamado la atención. Quiero decir que parecía más adulta que los demás, con más experiencia, aunque eso no es del todo exacto. De hecho, se la veía incomodísima, como si estuviera allí en contra de su voluntad. Cualquiera habría dicho que era una persona tímida o poco preparada, pero cuando el profesor formulaba una pregunta, ella contestaba de manera metódica, expresándose muy bien. Tenía opiniones meditaciones sobre todas las obras que comentamos esa semana, pero no las habría expresado si no se la hubiera obligado a participar. A medida que transcurría el semestre, se la veía cada vez más cómoda, pero su actitud siguió invariable: nunca comentaba nada de manera voluntaria, pero siempre tenía algo que decir.

Los demás hablábamos todo lo que podíamos, casi siempre para impresionar al profesor, aunque eso no nos sirvió de mucho. Sophie era la única a quien se tomaba en serio. Fuera cual fuera el motivo de su ausencia en las primeras semanas, no se lo echó en cara. A medida que transcurrían las semanas, le insistía más y más

para que dijera lo que pensaba, y a menudo le daba la última palabra sobre nuestro trabajo. Por este motivo, era difícil no estar molesto con ella, aunque ella no hacía nada para que el profesor la tratara así, y tampoco parecía que ese tratamiento le produjera ninguna satisfacción.

El segundo mes del semestre le tocó a Sophie presentar su trabajo, y nos repartió un relato de setenta y cinco páginas. Otra cosa que nos molestó. No que fuera capaz de escribir algo tan largo —aunque eso también; pocos de nosotros éramos capaces de crear una narración de más de diez páginas—, sino que nos obligara a leerlo. Sus reflexivas respuestas a lo largo del semestre ahora parecían pensadas para justificar esa imposición. Y desde luego que la justificaron: después de toda la atención que nos había dedicado, habría resultado bochornoso presentarse en clase sin una respuesta adecuada a ese fajo de papeles, en realidad una novela corta, demasiado gruesa para poder graparla o sujetarla con un clip normal.

El día antes del taller semanal, yo estaba en el patio que había cerca de mi colegio mayor, fumando Parliaments y leyendo esas páginas. Era una especie de cuento gótico acerca de un chico y una chica —eran hermanos, aunque eso no llegaba a decirse abiertamente— que vivían por sus propios medios en una enorme mansión vacía en medio del bosque. En ningún momento se mencionaba a los padres, y su ausencia nunca se explicaba. En mitad del relato, una manada de animales salvajes rodea la casa, impidiendo que los hermanos fuesen a buscar comida al bosque. Los animales se pasan la noche aullando, con lo que ni el chico ni la chica pueden

dormir. Pasan los días, la despensa está vacía, y los dos hermanos, agotados, flaquean. Al final, el chico baja sin ninguna explicación al sótano, donde encuentra una escopeta y munición. Se da a entender que la escopeta es una especie de herencia que el muchacho no ha querido utilizar hasta entonces. Pero ahora no tiene elección. El muchacho saca la escopeta y, a lo largo de diez páginas, dispara y mata a todos los animales. Luego sube a su dormitorio. Mientras él duerme, la chica cava una fosa en la que entierra a los muertos. Cuando ha terminado, se lava lentamente, de una manera ceremonial, antes de encaminarse a la habitación que comparte con el chico. Permanece de pie a su lado, contemplando cómo duerme. El chico ha dejado la escopeta —que ahora es *su* escopeta— apoyada contra el marco de la puerta. Ella la coge y dispara contra el chico. A continuación se acurruca junto a él y cierra los ojos.

Al día siguiente, en clase, contemplé a la autora de esa extraña historia y descubrí que era hermosa. Ese hecho se había ido revelando lentamente, porque, a pesar de su belleza, Sophie no era exactamente guapa. Me dije que encontrarla tan atractiva indicaba una suerte de refinamiento por mi parte, como si fuera capaz de apreciar algún relato discretamente elegante que aburriese al resto de la clase. Nadie la habría calificado de «bombón», que era como se llamaba universalmente en el campus a las chicas deseables. Pero a su lado los bombones parecían horteras: llevaba el pelo moreno y corto estilo chico, tenía la piel pálida —a excepción de algunas pecas—, y unos pómulos salientes que, a pesar de su plenitud, parecían luchar bajo el peso de los ojos. Sophie tenía la nariz larga y afilada, y sospecho que ese



rasgo fue lo que al principio me ocultó su belleza, aunque, una vez descubierto su esplendor, fue una de sus claves. La luz de octubre tenía aún la claridad del verano, pero se iba apagando lentamente, y Sophie llevaba un grueso jersey azul de punto de ochos, pasado de moda y demasiado grande, de esos que un padre le da a una niña cuando los dos se ven sorprendidos por el frío. Tenía las mangas arremangadas por encima del codo, y ambos antebrazos estaban forrados de anchos brazaletes de madera de todos los tonos del gris y el verde.

Durante la media hora que pasamos comentando su obra mantuvo los ojos clavados en la mesa que tenía delante. Casi inmediatamente quedó claro que todos estábamos impresionados, pero ella parecía impaciente por que la discusión terminara. Intenté formular, tal como habría hecho ella, unos comentarios meticulosamente pensados, pero perdí el hilo mientras la contemplaba retorcerse en la otra punta del aula. Cuando me recuperé, me di cuenta de que farfullaba sin sentido, y el resto de la clase parecía casi tan avergonzado como ella. Mi voz se fue apagando y nuestro profesor dijo unas palabras de conclusión antes de marcharnos.

Sophie se me acercó mientras yo cruzaba las pocas manzanas que separaban el Centro de Bellas Artes del resto del campus, y me siguió de cerca en silencio mientras mi vergüenza se acrecentaba. Ya no parecía nerviosa ni incómoda, solo un poco irritada, aunque era ella la que me había abordado.

—Soy Sophie —dijo por fin, sin que yo le hubiera dado pie, como si se le acabara de ocurrir que podíamos charlar mientras caminábamos.

—Charlie —contesté.

—Eres de Nueva York.

No fue tanto una pregunta como una afirmación, y no dirigida exactamente a mí, como si me relatara mi propia historia mientras yo escuchaba. El primer día de clase habíamos dicho en qué ciudad habíamos nacido, pero ella no estaba, de manera que no sabía dónde lo había averiguado.

—¿Te gustó criarte en Nueva York?

—Me alegro de estar aquí ahora —dije.

Mi padre había pasado enfermo mis años de secundaria, y murió pocos meses antes de que comenzara la universidad. Me sentía culpable por haber dejado sola a mi madre, aunque tampoco concebía quedarme con ella. Llevaba siendo infeliz desde mucho antes de que tuviera para ello un motivo que yo pudiera comprender, y después de la muerte de mi padre su mudo sufrimiento llenaba el ambiente de nuestro apartamento, de su vida.

—¿Te gustan los Beats?

Eso también lo había oído en clase, cuando se nos había preguntado cuáles eran nuestras «influencias». Unos años antes, más o menos en la época en que mi padre se puso enfermo, Max me había regalado su ejemplar de *Los vagabundos del Dharma*, y yo me había arrojado a los brazos de Kerouac, Ginsberg, Burroughs e incluso de Gary Snyder, Lucien Carr y Gregory Corso; me habían proporcionado un gran consuelo, pues me mostraban la vida que yo podría llevar algún día, cuando ser huérfano resultara un estado existencial a partir del cual crear una gran obra y no solo otro tipo de pérdida.

—Burroughs es bastante bueno —añadió Sophie, ha-

ciendo una concesión que yo no le había pedido—. Casi todo el resto es una mierda.

Esperaba una respuesta, pero yo no tenía ninguna, así que continuó.

—No tienen ningún control, ningún sentido de la forma. Idealizan sus métodos, como si debiéramos leer *cómo* escriben en lugar de *lo que* escriben. Al final todo resulta sentimental, como una conversación con un borracho baboso.

Yo no conocía a nadie —desde luego no de nuestra edad— que hablara así de los libros. Ella hacía que ese tipo de conversación pareciera una de las cosas más emocionantes de nuestra nueva vida de casi adultos, como poder pasar los días y las noches como nos diera la gana.

Sonrió, esperando que yo saliera en defensa de esos escritores que supuestamente admiraba. Pero la autoridad de su tono me desarmó. Para ser sincero, en aquella época no había leído mucho, aunque en mi casa los libros siempre habían sido muy apreciados y desde joven yo había dicho que quería escribir. Casi todo lo que leía era lo que Max me decía que leyera, pues él era un año mayor y sus gustos resultaban irreprochables.

—Entiendo a qué te refieres —dije, un comienzo bastante flojo, aunque era verdad. En cuanto hubo pronunciado su veredicto sobre los libros con los que yo había pasado los tres o cuatro últimos años comprendí que era justo. Pero que le diera la razón la decepcionó. Esperaba una defensa. Se tardaba mucho en comprender este rasgo de Sophie: ella no quería sumisión; quería una lucha de igual a igual. No le importaba ganar o perder.

—¿Y a ti quién te gusta? —pregunté.

—Nabokov.

—¿*Lolita*?

Yo había comenzado el libro un año antes, de nuevo por recomendación de Max, y había esperado algo en consonancia con las otras novelas que me había pasado. Lo había dejado al ver que su elegancia no se volvía escabrosa, y no lo había vuelto a coger.

—Claro —dijo—. Pero me gusta más *Pálido fuego*. Y *Ada*. Y también algunas de sus primeras novelas rusas, como *La defensa*. Pasé casi todo el año pasado leyendo a Proust, que puso en sus libros tanto de su vida como Kerouac. Pero él creía en el oficio.

Habría sido difícil aceptar eso de otra persona, pero estaba claro que ella no estaba presumiendo.

—Da la impresión de que prefieres la leyenda de la habitación forrada de corcho a la leyenda del rollo de papel en la máquina de escribir y la Benzadrina.

Soltó una risita, pero fue una risa sincera.

No dijimos gran cosa más durante el resto del paseo. Le pregunté adónde iba y descubrí que vivíamos en el mismo edificio, aunque hasta entonces no la había visto por allí. Entonces experimenté por primera vez ese sentimiento de falta de sorpresa que regresó cuando me la encontré en el sofá de Gerhard, como si quienquiera que estuviera escribiendo la historia de nuestra vida hubiera procurado mantenernos cerca el uno del otro, para devolvernos al relato del otro, aun cuando las fuerzas de la convención y la verosimilitud se opusieran a ello. Sacó una cajetilla de cigarrillos de su bolso y me ofreció uno. Mientras caminábamos y fumábamos, de vez en cuando nos tropezábamos con alguien que conocíamos.

Uno de los dos se paraba a charlar y el otro esperaba, y así dejamos de ser dos personas que se habían encontrado por casualidad al salir de clase y nos convertimos en dos personas que iban juntas a alguna parte. Si pudiera ser ahora una sola cosa, sería esta: alguien que va a alguna parte con Sophie Wilder.

La fiesta que se celebraba aquella noche en casa de Gerhard no obedecía a razón alguna —en aquella época a menudo celebrábamos algo, y rara vez había motivo—, pero se había reunido un nutrido grupo de gente. Sophie, Max y yo nos quedamos un momento entre ellos, mirándonos, junto al acuario de Gerhard. Max le dio las copas a Sophie, para poder encenderse el cigarrillo. A continuación volvió a coger un vaso y lo hizo chocar con el de ella.

Que yo supiera, Sophie no había bebido en años, desde que se dedicaba al matrimonio y a Dios. Pero a lo mejor ahora que se había separado de Tom todo aquello había terminado ya. En cuanto a Max, él siempre seguía siendo Max —su único cambio consistía en serlo todavía más—, por lo que resultaba natural que contara con que todos siguieran siendo como eran cuando él los había conocido.

Sophie echó un buen trago y se inclinó ligeramente hacia él. Me di cuenta de que los dos estaban borrachos. Le cogí un cigarrillo a Max y me dirigí a la cocina.

Allí había cuatro o cinco personas, a las que nunca había visto, que rodeaban a un tipo alto y delgado más o menos de mi edad que llevaba una pajarita y una camisa de esmoquin con botones de plástico, y unos teja-

nos negros exageradamente ajustados. Llevaba el bigote — «mis bigotes», casi me parecía oírlo llamarlos así— encerado.

—Así que le pregunté a Wes qué clase de colores pensaba utilizar esta vez —estaba diciendo cuando yo entré—. Le dije que me encantaban las paletas de colores que escogía.

Me abrí paso entre la gente hasta los armarios y el fregadero.

—Tío —me dijo el que llevaba la camisa de esmoquin—. Creo que tenemos que utilizar estos.

Con un dedo tatuado me señaló una bolsa de vasos rojos de plástico que había sobre el mármol.

—Gracias —dije, mientras seguía buscando en el armario un vaso limpio—. Vivo aquí.

Me preparé un vodka con soda, con más vodka que soda, y me lo bebí de pie junto al fregadero. De repente me sentí muy cansado de esas fiestas que ocupaban una parte tan grande de mi vida. O quizá de repente me di cuenta de que hacía mucho que estaba harto de ellas. No estaba seguro de si ya no quería saber nada más de ellas porque Sophie había aparecido o si Sophie había aparecido porque ya no quería saber nada más de ellas y estaba totalmente preparado para su vuelta.

En la sala, Max le presentaba Sophie a Jeff, que trabajaba de verificador de datos en su revista.

—Así que —dijo Jeff— conociste a Blakeman antes de que fuera famoso. ¿Cómo diantres era?

A Max todo el mundo le llamaba Blakeman. A veces incluso yo lo llamaba así, aunque también era mi apellido.

—Yo siempre he sido famoso —insistió Max—, incluso cuando nadie había oído hablar de mí.

Hubo un tiempo en que esa broma resultaba divertida, antes de que pareciera posible que llegásemos a ser realmente famosos. Al parecer volvía a ser divertida ahora que esa posibilidad había pasado.

Rick Tanner, compañero de habitación de Max en la facultad, y que trabajaba en una galería de Chelsea, apartó suavemente a Jeff.

—Sophie Wilder —dijo, y la besó en ambas mejillas—. Joder, cuántos años. Oí decir que te habías casado.

—Nos hemos separado —dijo Sophie.

—¿Sabes quiénes se han separado también? —preguntó Rick, dirigiéndose no ya a Sophie, sino a los demás que se habían reunido a su lado—. Henry y Klara.

—Parecían una pareja perfecta —objetó un hombre debidamente convencional.

—Estaba a un paso de meter la cabeza en el horno —dijo Rick—. Quiero decir que Henry es el Ted Hughes de los consultores.

Todos menos Sophie se rieron, y yo aproveché la ocasión para acercarme a ella.

—¿Cómo te ha ido?

—Ya me lo has preguntado —dijo.

—Y todavía no me has contestado.

—Bastante bien. Pospongamos la cuestión hasta un posterior análisis. Y de ti, ¿qué me cuentas?

Bien mirado, me había ido bastante bien. Pero no le dije eso. Lo que le dije fue: «Te he echado de menos».

Fue ridículo decir algo así después de tantos años. Pero era cierto. Y la echaba más de menos ahora que la tenía justo delante de mí. Levantó una mano y me colocó la palma en la mejilla. A continuación la retiró y dijo:

—Tenéis una casa bonita —y el hechizo se rompió.

—Gerhard, el propietario, dice que Henry James vivió aquí. Pero no hay ninguna placa ni nada. Probablemente es una trola.

—James detestaba Washington Square cuando volvió a los Estados Unidos —dijo Sophie—. Le hacía sentirse como si le hubieran amputado algo.

Nunca lo había oído, pero era una de las típicas cosas que Sophie sabía. Estaba preparando mi respuesta cuando la habitación quedó en silencio. Ambos volvimos la cabeza y vimos a Eddie Hartley, un antiguo amigo que Max y yo conocíamos desde nuestra época en St. Albert, ahora un actor en apuros que aparecía en algún anuncio y en algún episodio esporádico de *Ley y orden*, de pie sobre la otomana de cuero. Comenzó a leer un libro de Wallace Stevens que había sacado de una de las estanterías:

Canto un canto en un cantón,  
Cocoricó, oh, cuco...

La gente que rodeaba a Eddie le insistió para que continuara. Terminó de leer el poema e hizo una reverencia burlona. A continuación se volvió hacia mí.

—Tu turno, Charlie.

Esas representaciones —lecturas improvisadas de poesía moderna que al mismo tiempo eran burlas irónicas de la clase de fiestas en las que esa clase de lecturas improvisadas se tomaban en serio— eran un número habitual de nuestras noches. Nunca me había parado a pensar en ellas, pero me avergonzaba que Sophie viera que nos tomábamos a burla cosas que nos habían impor-



tado tanto. Eddie me dio el libro. Me subí a la otomana y leí sin ningún humor «El emperador de los helados», lo que apagó la animación de la fiesta, tal como había esperado. Me bajé con el libro en la mano y regresé a donde había estado con Sophie. Pero ella había desaparecido.

En la cocina me encontré con el mismo grupo de desconocidos, apiñados con aire de conspiradores alrededor del horno. Cuando entré, unos cuantos se apartaron y dejaron visible al de la pajarita. Tenía en la mano un destornillador, con el cual había extraído dos de los mandos de la cocina. Ahora hacía lo mismo con el tercero. Cuando vio que lo observaba, se detuvo.

—Lo siento, tío —dijo—. Solo hacía el tonto.

—No te preocupes —le contesté—. No cocinamos. Me serví otro vodka.

Cuando volví a la sala, le pregunté a Jeff dónde había ido Sophie.

—Creo que se ha ido con Max —dijo.

—Ahora te toca a ti —le dije, entregándole el libro de poemas.

A continuación me senté junto al acuario a observar los hermosos peces de Gerhard, y fue entonces cuando me pregunté, no por primera vez ni por última: ¿Qué fue de Sophie Wilder?

